

La decena trágica II

La culpa de Madero

Ignacio Solares

Es febrero de 1913. El presidente Francisco I. Madero ha sido derrocado y espera, en un tenso y dramático encierro, la resolución de sus enemigos. Uno de los momentos definitorios en el devenir histórico de México es recreado, con las libres prerrogativas de la imaginación, por el novelista Ignacio Solares.

Para Vicente Leñero, en sus 80 años

La Intendencia de Palacio Nacional, adonde llevaron presos al presidente Francisco I. Madero, al vicepresidente José María Pino Suárez y al general Felipe Ángeles, era una pequeña pieza en penumbra, con un sofá y sillones de piel, sillas en desorden, una mesa de mármol y un gran espejo que presidía, y parecía eternizar, cuanto ahí sucedía. Una de las puertas daba a un depósito de trastos, sin ventilación, que servía de comedor a los cautivos, y la otra, con un centinela inmovible, como de piedra, y una bayoneta que atrapaba rayos de sol, se abría al patio de Palacio, con grupos de soldados conversando, adormilados, sentados en el suelo, sacando brillo a los botones de los uniformes, aceitando los rifles, boleando las botas, remendando las mantas o inclinados, apetentes, en torno de una olla de barro que se mecía sobre unos palos cruzados, mientras las mujeres, enrebozadas, aplaudían con la masa de maíz.

Improvisaron camas con las sillas y la primera noche la pasó con ellos el embajador cubano Manuel Márquez Sterling para protegerlos con su presencia, en la medida de lo posible, de una agresión nocturna.

Madero todavía confiaba en que Victoriano Huerta cumpliría su palabra y les permitiría salir del país en un

barco rumbo a Cuba, según prometió al embajador cubano. Por eso parecía más o menos tranquilo. Se dio tiempo, antes de acostarse, de platicar con Márquez Sterling.

Madero miró hacia el patio, y por sus ojos luminosos parecían cruzar las imágenes, como aves centelleantes detrás de los párpados.

—Si los sitios guardan de alguna manera el recuerdo de cuanto sucedió en ellos —dijo—, imagínese, embajador, las voces que podríamos escuchar aquí. ¿Sabía que a fines de 1700 los comerciantes de la Plaza Mayor convirtieron este patio en infame burdel y madriguera de jugadores y borrachos? Pero podríamos escuchar también los gritos de alabanza a virreyes españoles, a dos emperadores y a varios presidentes.

—Entre ellos, los gritos de alabanza a usted y al Partido Antirreeleccionista, señor Presidente.

Madero hizo una mueca que no llegó a cuajar en sonrisa.

—También. Y muy pronto los gritos de alabanza a Huerta. ¿Y después a quiénes más? Qué fugaz y banal es el poder, embajador. Cuánto envidia a quienes evitan caer en sus redes y dedican sus vidas a una labor desinteresada, que valga por sí misma.



Francisco Madero Hernández y Mercedes González Treviño con sus hijos. De pie a la izquierda Francisco I. Madero, de pie a la derecha Gustavo A. Madero, París, 1894

—No fue otro el sentido que usted dio a su trabajo en este Palacio, señor.

—Es tan difícil no dejarse engañar por las falsas caravanas, tan halagüeñas. Evitar a quienes nos murmuraran al oído los malos consejos y en cambio atender a quienes sí quieren ayudarnos. El otro día le comentaba a nuestro querido licenciado Pino Suárez, que un presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es simple: no supo sostenerse.

—Vivía usted un momento particularmente difícil de nuestra historia.

—Le agradezco su intento por encontrar palabras de consuelo, embajador. Pero los dos sabemos que fueron mis dudas y las decisiones equivocadas las que provocaron el desastre. No tiene usted idea de cuánto he reflexionado y cómo he cambiado desde el momento de mi aprehensión. Estoy seguro de que otra cosa hubiera sucedido si no confío en Huerta, como bien me advertía mi hermano Gustavo. Debí rodearme de verdaderos amigos de la Revolución. Vea usted el caso de Zapata, quien a pesar de los conflictos tan graves que tuvimos con él, el día anterior a que nos apresaran envió un mensaje poniendo a mi disposición dos mil de sus hombres y ofreciéndome refugio por sus rumbos.

Al general Felipe Ángeles le dijo:

—Si usted sale vivo de esta aventura, le aconsejo que luche por la Revolución desde su base, al lado del pueblo, de los más humildes, de los que de veras nos apoyaron. Quienes detentan el poder siempre nos confundirán y reclamarán más de lo que dan. Hoy tengo la seguridad de que la Revolución sólo seguirá viva con hombres como Villa, como Zapata, como usted. Yo mismo, en mi

primera lucha, fui fiel a ese espíritu. Pero ya ve lo que vino después...

—Por desgracia, señor presidente, creo que ninguno de nosotros saldremos vivos de aquí. Y si salimos será sólo para que nos conduzcan al sitio donde nos liquidarán.

—Al licenciado Pino Suárez y a mí es muy probable. Pero a usted quién sabe, general. Tiene demasiado prestigio dentro del ejército y Huerta no va a arriesgarse a la ola de protestas que provocaría su muerte. Recuerde, su fuerza estriba en mantener unidos y reconciliados a los oficiales. En esa intención usted jugará un papel determinante.

—Sólo le puedo asegurar que ninguna suerte mejor podría correr que la de morir a su lado, señor Presidente.

—El honor es para mí, general, al haber contado con la fidelidad y la entrega incondicional de un hombre de su talla. Pero nadie escapa a su destino. Y finalmente ningún destino es mejor que otro si lo asumimos.

—Difícil reflexión para un escéptico como yo, a punto de morir.

—Verá que el tránsito no es tan doloroso y que abriremos los ojos en un sitio mejor que éste. Como dice mi admirado Tolstoi en la última línea de su *Iván Ilich*: “La muerte no existe”.

Pero ya antes de dormir, su pregunta constante era:

—¿Qué fue de mi hermano Gustavo, por qué no sé nada de él?

Márquez Sterling cuenta que, en algún momento en que no los escuchaba, se puso de acuerdo con Pino Suárez y Ángeles para ocultarle al Presidente la muerte de su hermano y, sobre todo, la forma en que fue asesinado.

Pero al día siguiente, por la mañana, fue a visitarlos la hermana del Presidente, Ángela, quien le contó, con detalle, la muerte de su hermano Gustavo.

Desconsolado, Madero cayó de rodillas, desgajado, tomó las manos de su hermana entre las suyas y pidió perdón en voz alta, entre sollozos, declarándose culpable, el único culpable de lo que había sucedido a su querido hermano, quien, decía, era el ser que más amaba en el mundo, que lo acompañó en toda su aventura política, le previno de lo que podía suceder, y que finalmente sucedió. Una escena que, dice Márquez Sterling, lo conmovió hasta las lágrimas. Y agrega: “Era el derrumbe total y dramático de un hombre íntegro y pleno de fe en los seres humanos, que creía en su bondad, en la democracia y en el progreso material y espiritual”. Sus últimas palabras delataban su estado de ánimo más profundo y, seguramente, la resignación con que marchó a su muerte inminente.

—Ya no creo en nada ni en nadie. Si mi hermano murió así, yo no merezco vivir.

No probó bocado en todo el día ni habló con nadie. Márquez Sterling se marchó y apenas anocheció, Madero se acostó en su improvisada cama, envuelto en una sábana, como dentro de un sudario que, por cierto, le había llevado su hermana Ángela y que tenía bordadas las iniciales de Gustavo Madero. Pero no dormía porque, de cara a la pared, no dejaba de llorar, con un llanto ahogado, apenas audible.

Esa misma noche, como a las once y media, llegaron el mayor Cárdenas y un piquete de soldados armados con carabinas. Un tal Chicarro les dirigió la linterna hacia la cara como si se tratara del resplandor de un disparo, como si los matara ya.

—Éste es el señor Madero, éste es el licenciado Pino Suárez y este otro el general Felipe Ángeles.

—¿Qué sucede? —preguntó Ángeles con una mano como visera, deteniendo la luz, lo inminente.

—Tengo órdenes de entregarlos a sus custodios —informó Chicarro, con sequedad.

Alguien encendió el foco pelón que pendía del techo, y que abrió de cuajo lo que iluminaba.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Madero mientras tomaba la ropa que tenía a su lado, colgada cuidadosamente en una silla: la camisa dura, el jacquet, el pantalón claro a rayas.

—A la Penitenciaría, allá estarán más seguros —dijo el mayor Cárdenas, quien vestía un traje negro, de charro, y tenía toda la facha de ser quien los ejecutaría.

Se decía que el mayor Cárdenas era un hombre de lo más sentimental, aunque impulsivo, incondicional a Huerta y, sobre todo, al general Bernardo Reyes, de quien guardaba una foto en su cartera y la mostraba al menor pretexto. El general Reyes aparecía con su uniforme de gala, el pecho cubierto de condecoraciones, tocado con un gorro emplumado y el largo sable en alto, centelleante. Por el contrario, a Madero siempre lo odió y decía: “Pónganme enfrente al enano ese

y yo mismo le tuerzo el pescuezo”. Cuando cayó Huerta, el mayor Cárdenas se dio un tiro, disparándose entre las cejas, por cierto el mismo sitio en que disparó contra Madero.

Se vistieron con premura y en silencio. Al terminar, Madero empezó a recoger sus ropas de cama, pero un gesto de Cárdenas, más que su voz, lo detuvo:

—No hace falta que se molesten en llevar nada. Después les trasladarán cuanto necesiten a sus nuevos alojamientos.

—Yo voy a llevar mi portafolios —dijo Madero, tomándolo del asiento de la silla.

—No hay necesidad, le repito...

—No lo voy a dejar —agregó sin una gota de duda.

Cárdenas suavizó el tono y se acercó unos pasos a él.

—¿Qué lleva?

—Papeles, papeles en los que estoy trabajando...

Cárdenas lo obligó a abrirlo. Recorrió los papeles como si fuera a barajarlos y luego volvió a cerrar el portafolios. “Los *Comentarios al Bhagavad Gita*”, pensó Ángeles. Madero no movía un músculo del rostro, con una expresión congelada, los párpados hinchados por el llanto y las manos anudadas a la espalda. Los labios de Cárdenas se curvaron en un mohín conciliatorio.

—Está bien, llévelo.

Madero tomó el portafolios y le dio la espalda con una actitud abiertamente despectiva. ¿Presentía que sería su asesino? Se dirigieron a la puerta, pero al salir —como si a propósito se hubiera esperado hasta ese momento—, Cárdenas se volvió y le puso una mano en el pecho al general Ángeles en señal de alto.

—Usted no va, general.

Ángeles se detuvo con los ojos del que sólo concibe la caída y es frenado de golpe, a la fuerza.

—Pero, ¿por qué?

—Tengo órdenes de que usted se quede aquí y sólo sean trasladados a la Penitenciaría los señores Madero y Pino Suárez.

Madero se regresó y dio la mano al general Ángeles ante las miradas de cuchillo del mayor Cárdenas.

—Hasta luego, general.

—Hasta luego, señor Presidente.

Pino Suárez, que ya estaba en la puerta, hizo una seña de despedida, blandiendo la mano abierta.

—General Ángeles, adiós.

—Adiós, licenciado.

Cárdenas tomó del brazo a Madero con una fuerza innecesaria y lo condujo de nuevo hacia la puerta.

—Vamos, vamos, tenemos prisa, señores.

Ángeles los vio salir, escuchó el motor del auto al encenderse, al perderse a lo lejos. Sabía que era la última vez que los vería. Permanecía medio encorvado dentro de su capote militar, en el vacío compacto y negro que empezaba a invadirlo. **U**